

TOMÁS GARCÍA FIGUERAS y RAFAEL DE RODA JIMÉNEZ: *Economía Social de Marruecos*. Tomo III. IDEA. (Consejo Superior de Investigaciones Científicas). Madrid, 1955. Un vol. de 528 págs. 115 pesetas.

La Zona Jalifiana de directa acción española en Marruecos ha sido estudiada, en sus aspectos fundamentales, por García Figueras y Roda Jiménez, a través de los tres tomos de la obra enunciada. Estos notables africanistas han demostrado en repetidas ocasiones que sus trabajos han sido elaborados pacientemente, como si fueran un producto delicado de laboratorio, lejos de la improvisación y rapidez que impele la mayor parte de las obras de nuestra época. Este tesón quizá haya estado basado en que «Marruecos no es para España un objetivo ocasional ni un accidente en su proceso histórico; Marruecos es una parte integrante de la vida de España», afirmación hecha por García Figueras con una conciencia perenne sobre la trascendencia que este minúsculo trozo de tierra africana tiene para España.

No data de fechas recientes esta inquietud por Marruecos. Ya a mediados del siglo XIX, surgió un movimiento de hombres e ideas encaminado a defender el postulado de que España y Marruecos, por muchas y variadas razones, entre ellas las de orden histórico, de raza y geográficas, están estrechamente ligadas en sus intereses, sin que España tenga más objetivo que el de guiar y orientar fraternalmente la evolución del estado de atraso en que se encuentra Marruecos.

Este africanismo típicamente español parece que ha mantenido el espíritu de desarrollo de la obra que nos ocupa, a través de bien documentados capítulos, apoyando la parte social en las sabias orientaciones del pontificado católico, a fin de que al analizar la obra de España en el Protectorado, se pueda observar la evolución del pueblo marroquí, y en un futuro próximo lograr su bienestar material, su desenvolvimiento material y su perfeccionamiento moral, subrayando en

repetidas ocasiones el aserto de que jamás nuestra nación tuvo propósito de conquistar los territorios xerifianos.

Volvamos al recuerdo de este libro en sus dos tomos anteriores. En el primero, se llegó a la conclusión de que la población indígena se mantenía en un bajísimo nivel de vida, debido a un concienzudo análisis de los factores naturales humanos, espirituales, sociales, políticos y económicos, temas esenciales que en sus aspectos cualitativo y cuantitativo era necesario tener en cuenta para el planteamiento de lo social y económico con sus problemas anejos. Establecidos así los factores determinantes de la vida del pueblo xerifiano en diez ordenados capítulos, constituyen la piedra básica del desarrollo de la obra. Reconociendo el bajísimo nivel de vida de los pobladores de Marruecos, se escribió el segundo tomo con la división del mismo en dos partes: la primera dedicada al estudio de la sociedad mediante el análisis de sus diversos estamentos, sobre todo de los más necesitados de una amplia reforma social; y en la segunda se exponía los organismos, con sus medios de aplicación, encargados de llevar a cabo un programa social basado en las enseñanzas doctrinales católicas contenidas en la encíclica *De rerum novarum* y en la política social del nuevo Estado, todo ello desde un punto de vista de posible aplicación en la zona del Mogreb con sus condiciones y circunstancias específicas. Sintetizados así los fines de los dos primeros tomos de tan interesante obra, pasemos a analizar someramente el tercero.

Se distribuye en diez capítulos comprensivos del planeamiento económico, evolución de la agricultura, industria y comercio y elevación del nivel de vida. El acondicionamiento del territorio es analizado al considerar los problemas de agua, productividad de la agricultura y ganadería y desarrollo del transporte. En el capítulo segundo, se consideran las convivencias humanas, por medio del estudio de las ciudades antiguas y modernos poblados, paralelamente con las instituciones municipales y sus medios económicos. Esto se complementa con las realizaciones hispánicas en torno a las mejoras en la vida rural, las soluciones prácticas en los establecimientos humanos y un programa para renovar los órganos administrativos en el campo. Los capítulos cuarto, quinto y sexto se circunscriben a detallar la evolución de la agricultura, de la industria, el comercio y las finanzas, de forma sistemática, en intensidad de cada uno de los factores que integran tales actividades y con la extensión de las realizaciones en cada

región. Continúan los capítulos siguientes con el desarrollo que han obtenido en la población, la acción sanitaria, benéfica, cultural y profesional, en estos últimos tiempos. Como colofón de la obra hay dos capítulos dedicados al estudio moral, a la misión del Protectorado y a la necesidad de que se establezca el necesario equilibrio económico-social para alcanzar un alto nivel moral y, por ende, una elevación del nivel de vida, principio y fundamento de este libro.

Unas de las características más acusadas de García Figueras y Roda Jiménez han sido las de laboriosidad y minuciosidad ante el análisis de un tema sobre el que, si bien se ha debatido y dialogado ampliamente, no se han poseído datos concretos. Estos se trataron con delicadeza y con un sentido acertado debido a los profundos conocimientos que sobre la zona mogrebite han tenido autores tan expertos, no solamente del actual momento económico social marroquí, sino de los cauces históricos que a él han conducido. Por lo tanto, no se podrá hablar ni estudiar del territorio marroquí sin contar con la lectura fácil y entretenida de tan magnífica obra.

RAMÓN DEL VALLE FERNÁNDEZ

RODOLFO GIL BENUMEYA: *España Tingitana*. Instituto de Estudios Africanos. Madrid, 1956, 106, págs. 50 ptas.

Si en el pensamiento de José Antonio era España «una unidad de destino en lo universal», en la mente de Rodolfo Gil Benumeya España y Marruecos son destinos entrecruzados en lo geográfico, lo histórico, lo cultural y lo racial. De ahí que cuanto expone en su recientemente publicada *España Tingitana* tenga un sabor de historia de familia, de una familia cuya casa solariega es la antigua Betis romana, el Alandalus hispano-musulmán.

Para quienes siguen de cerca la obra de nuestro colaborador, la postura no es nueva. Lo que sí resulta nuevo, por siempre renovado, es una apasionada sinceridad, es el entusiasmo y la fe con que Rodolfo Gil Benumeya se ocupa de estas cuestiones que han trascendido afortunadamente de círculos de eruditos o soñadores para ir calando en la conciencia española tan necesitada de decantar sus ideas respecto a conceptos como «Africa», «Europa», «moros» y «europeos». Ya era

hora de que los españoles no tuvieran por meta de sus ilusiones el ser considerado unos europeos como los demás con relación a un Magreb situado a 13 km. de sus costas. Eso en lo geográfico. En lo racial e histórico... Nuestro consejo, desde luego, es leer la última obra de Rodolfo Gil Benumeya donde se acumulan a este respecto datos y noticias sumamente interesantes y amenas, como cuanto escribe Rodolfo Gil Benumeya. Por tanto, no tenemos ahora otra pretensión que señalar los puntos culminantes de su última obra para dejar constancia del agrado con que hemos seguido su pensamiento en su bien fundamentada exposición de algo que para una gran mayoría de españoles y marroquíes es no sólo incuestionable, sino motivo de orgullo respecto al pasado y de esperanza del mañana. Nos referimos a nuestro pasado de vinculaciones directas e indirectas y a hechos nacionales que implican comunidad basada en «los eternos valores de la geografía física e histórica», siendo la meta perseguida por Rodolfo Gil Benumeya en esta obra precisar «las líneas que parecen ser indispensables en la relación fija de lo español y lo marroquí».

No es esta una relación supeditada a los caprichos de la política o de la conveniencia. Los romanos, grandes realistas, así lo reconocieron al vincular la Mauritania Occidental a Cádiz con el nombre de Hispania Tingitana, confirmación administrativa de semejanzas geográficas y entrecruces raciales entre los habitantes de ambas orillas del Estrecho. La división del Imperio romano no rompió el lazo existente. Hispania y Tingitania siguieron constituyendo una sola prefectura hasta la invasión de los bárbaros. El propósito de los reyes godos de unir la Mauritania Tingitana y España se frustró. La invasión musulmana logró el propósito en sentido opuesto, es decir, siendo Marruecos no sólo cabeza de puente de la misma, sino sirviendo de punto de apoyo al establecimiento del Jalifato omeya que practicó ampliamente lo que Gil Benumeya denomina «La política bereber del Estado cordobés», que era vincular la antigua Tingitania al Jalifato por lazos a la vez flexibles y fuertes que le permitían recibir una auténtica influencia española, a la vez que ejercía en España una influencia y desempeñaba un papel ampliamente facilitado por anteriores contactos humanos. La disgregación del Jalifato omeya en reinos de taifas aparece como un fenómeno de equilibrio entre el Magreb y el Andalus, ya que casi todos los jefes de taifas eran bereberes españolizados. La conquista almoravid no rompe la continuidad del sentido hispá-

nico existente en el Magreb, porque se presenta como «una consecuencia retrasada de la irradiación maliquí que tuvo su epicentro en Córdoba». Tampoco el Estado almohade de las dos orillas —contrapartida del Jalifato cordobés proyectado al Sur del Estrecho— quiebra esa continuidad manifestada a lo largo de la historia con movimiento pendular de influencias. Sus oscilaciones pueden crear una apariencia de predominio sucesivo. Esta impresión es falsa en realidad, puesto que ese péndulo que no ha cesado de ir de una a otra orilla ha sido desde los tiempos históricos más remotos hispano-bereber, étnicamente hablando, ello en el marco permanente de una geografía que resulta ser idéntica con relación al eje del Estrecho.

Respecto a esa base humana del vínculo entre el Magreb y España, son de sumo interés las precisiones que aporta Rodolfo Gil Benumeya en *España Tingitana*. Destruyen la simplista noción de una España medieval constituída por los dos bloques homogéneos y radicalmente antagónicos: musulmanes y cristianos. La realidad fué otra y explica la lentitud de la llamada Reconquista que significó de hecho el predominio de españoles cristianos sobre españoles musulmanes. Consejeros y altos funcionarios cristianos en el Estado omeya, tropas cristianas junto a los musulmanes, altos funcionarios, obispos que sólo se expresaban en árabe, musulmanes junto a los príncipes cristianos, enlaces matrimoniales... Estamos muy lejos del ambiente de las Cruzadas organizadas por europeos para quienes el problema se planteaba de muy distinto modo que para los españoles. De ahí, sea dicho de pasada, que tan escaso resultado dieran las ayudas aportadas por la Cristiandad para llevar a cabo la unidad de España sobre una base cristiana, meollo de la cuestión que dividía a musulmanes y cristianos, todos ellos españoles. En ambos bandos, no muy claramente delimitados a veces, se buscaba la unidad nacional y más allá de ésta, la de las dos orillas del Estrecho. Gonzalo de Córdoba y Hernando de Zafra trazaron las líneas de una política encaminada a que no se separaran definitivamente el Magreb y Andalucía. El descubrimiento de América, la política de Cisneros centrada en lo religioso, el reinado de los Austrias y la desviación de España hacia Europa y sus problemas, torcieron los rumbos naturales de la Historia de nuestra patria y de Marruecos, donde a principios del siglo XVI empieza a desarrollarse un morabitisimo simétrico de la preocupación religiosa española.

No es esta, por cierto, la única simetría entre la historia de los dos países, como señala Rodolfo Gil Benumeya.

A pesar de la ruptura, en el fondo más espectacular que real, España y el Andalus han venido perdurando en Marruecos xerifiano hasta el Protectorado que España, demasiado débil entonces, no pudo evitar, y hasta nuestros días, como perdura en España el Magreb, los árabes... Díganlo sino los apellidos árabes llevados por españoles y los apellidos españoles llevados por muchos marroquíes, los monumentos, el cante jondo, los trajes regionales, muchas costumbres, fórmulas de cortesía, modos de ser y actuar frente a la vida y a la muerte.

No son estos solamente «antecedentes sentimentales» propios a la evocación nostálgica y estéril. En ellos está una de las bases de una posible acción de auténtica hermandad, como corresponde a las dos ramas de un sólo tronco enraizado a ambos lados de un Estrecho destinado no a separar sino a «estrechar», como lo dice etimológicamente la palabra.

Ni los hombres ni los pueblos pueden desandar lo andado. Lo que sí pueden y deben hacer es reflexionar acerca del camino recorrido para que los pasos futuros correspondan al rumbo señalado por la Historia, la Geografía, la Cultura y los habitantes de su suelo. Rodolfo Gil Benumeya en *España Tingitana* hace más que invitarnos a esa reflexión. Nos da en la misma el resultado de sus propias reflexiones nacidas de su erudito escudriñar el pasado y otear el mañana con el corazón henchido de fe en el futuro de España y Marruecos.

Una sola cosa tenemos que lamentar en esta obra, y que no se puede achacar al autor, creemos: que la premura de la edición haya dejado escapar una cantidad de erratas que estimamos rebasa con mucho el número de las inevitables.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

GEORGES BALANDIER: *Sociologie des Brazzavilles noires*. Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, núm. 67; 274 páginas, 13 ilustraciones. París, Colin, 1955.

La destacada personalidad del profesor Balandier es sobradamente conocida por quienes se interesan en los temas de la sociología afri-

cana. La importancia de su labor ha sido ya suficientemente reconocida por los más prestigiosos especialistas. Y de ello es muestra el presente volumen, presentado con rara precisión y objetividad. En realidad este trabajo constituye una de las primeras tentativas efectuadas para la descripción de una ciudad africana y la comprensión de un medio radicalmente nuevo, puesto que se trata de pueblos que carecen de tradición urbana. En el marco de la ciudad se producen fenómenos que desembocan en tensiones políticas y sociales características de la sociedad contemporánea. El conocimiento de tales hechos, aunque erizado de dificultades, es extraordinariamente valioso y puede ser abordado tal como lo hace ahora el profesor Balandier, demostrando amplia experiencia de la materia, para las sociedades gabonesas y congoleesas. El tema constituye un campo de estudio de extremada riqueza para la investigación sociológica. La ciudad es un lugar en que viven conjuntamente elementos de etnias y culturas muy diversas: multiplica los contactos y, por consiguiente, los conflictos. La ciudad es, también, una sociedad donde vienen a degradarse, a destruirse y a transformarse numerosos modelos sociales y culturales que caracterizan las sociedades típicas. La ciudad negra moderna representa un fenómeno complejo. La característica más aparente es la observación de un crecimiento rápido, desmesurado con relación al potencial demográfico y económico de la regiones que domina, así como una estricta dependencia respecto a la sociedad colonialista que ha provocado su aparición.

El interés que supone la obra se deduce del título de los siete capítulos que la integran: I. El problema del éxodo rural; II. Estructura demográfica y estructura de la población; III. Los problemas del trabajo en las Brazzavilles negras; IV. Los problemas de la organización social y de la vida política; V. Conflictos y antagonismos específicos; VI. Estudio de algunos tipos individuales; VII. Estudio psicológico y conclusiones.

Las conclusiones que obtiene el profesor Balandier en aspectos tan diversos resultan esenciales para el conocimiento sociológico de las grandes urbes africanas, caracterizadas por el ingente atractivo que suponen para el éxodo rural. Millares de nuevos «ciudadanos» en potencia acuden todos los años a instalarse en los grandes centros urbanos. Entre los motivos que Balandier ha comprobado en su estudio, el de orden económico ocupa el primer lugar. Brazzaville es, efectiva-

mente, el único mercado importante de trabajo. El atractivo familiar viene a continuación. Un familiar residente en la ciudad termina por atraer a sus próximos parientes. El tercer motivo es el «deseo de elevación social». Acuden jóvenes para afectar estudios, adquirir una calificación profesional, etc. Destaca el fenómeno psicológico de idealización de la ciudad. Esta brutal atracción provoca la destrucción de las economías tradicionales, el desarrollo de un proceso de proletarianización, la gestión de una economía monetaria que entrega a los jóvenes a los «dadores de trabajo» y multiplica los individuos que se concentran en la ciudad, afirma Balandier y termina este luminoso capítulo afirmando que «la economía colonial no es capaz de absorber los individuos que libera destruyendo las economías tradicionales». Estas palabras confirman la opinión de otros sociólogos que han tratado el problema. P. Naville dice: «En toda Africa lo que se llama crecimiento de las ciudades nuevas es, ante todo, la aglomeración de masas humanas desraizadas que acampan en espera de un trabajo remunerador».

El trabajo se refiere especialmente a Poto-Poto, es decir, la más liberada de tradiciones y la menos homogénea de las Brazzavilles negras. La movilidad de la mano de obra y la ausencia de especialización profesional determinan las características laborales. La carencia de especialización impide la estabilidad y la inestabilidad dificulta la formación de una mano de obra cualificada. Es este un círculo vicioso que tiene su origen en la naturaleza misma de las economías sociales. Las profesiones de tipo tradicional, agricultura y caza, sólo desempeñan un papel restringido. Solamente la pesca subsiste debido a que resulta muy remuneradora al existir un mercado insuficientemente abastecido de pescado. La artesanía tradicional casi ha desaparecido. Son las empresas de trabajos públicos quienes emplean la masa más considerable de jornaleros. Sus necesidades, en 1951, eran de 12.000 hombres. En este sector la mano de obra carece, fundamentalmente, de especialización, el rendimiento es escaso y ello justifica, en parte, el bajo nivel de los salarios.

El estado sanitario es malo. En una población de 60.000 habitantes se produjeron, en 1948, 53.000 consultas en los establecimientos sanitarios. El elevado número de solteros —el 60 por 100 de los hombres de Poto-Poto (entre dieciocho y cuarenta años) son solteros, y en Dolisie los hombres casados no representan más que el 37 por 100—

junto a la escasez de la población femenina provoca la dificultad de prepararse su comida. Este motivo, unido a las dificultades económicas y al cambio de los gustos alimenticios, explica la desnutrición general. Los establecimientos escolares resultan insuficientes para una ciudad en crecimiento acelerado. Ha sido preciso rechazar hasta un 50 por 100 de los aspirantes a ingreso en escuelas. «El predominio de hombres jóvenes y el porcentaje elevado de solteros permite comprender el auge de las agrupaciones de camaradería, las manifestaciones de antifeminismo y ciertas anomalías en el terreno de las relaciones sexuales». El panorama familiar es insatisfactorio. En el aspecto demográfico, más del 40 por 100 de los matrimonios carecen de hijos, 25 por 100 tienen uno sólo y únicamente el 25 por 100 llegan a los dos o tres hijos. Los casos de divorcios suponen un elevado porcentaje con relación al de matrimonios. El motivo económico es preponderante en ellos. La mujer abandona al marido porque le parece «demasiado pobre» o porque la hace «trabajar demasiado». Las separaciones suelen producirse al poco tiempo de la llegada a la ciudad donde la joven descubre un poder que jamás había imaginado en la aldea. Los registros del Tribunal de Poto-Poto revelan que más del 60 por 100 de los pleitos son concernientes al adulterio, al divorcio, a las reclamaciones acerca del precio por los servicios sexuales e, incluso, al incesto. Las relaciones entre ambos sexos nos muestran que los fundamentos de la organización familiar se han transformado radicalmente. La prostitución está perfectamente organizada y alcanza un auge insospechado. Suele ejercerse bajo la forma de asociaciones que reúnen las formas tradicionales de ayuda y solidaridad con las de las asociaciones modernas, representando un fenómeno absolutamente original. Son, en determinados casos, élites de jóvenes a las que cuadra mejor el término de «hetairas».

Creemos útil subrayar el gran interés de esta obra cuya síntesis de hecho —dispersos hasta el momento en monografías— manifiestan una evidente interdependencia, mostrando un certero panorama al que las investigaciones del profesor Balandier termina por definir en su compleja personalidad urbícola.

JULIO COLA ALBERICH

NOTICIA DE LIBROS

